

Con la lengua afuera

UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS ARQUETIPOS CUBANOS EN LA cultura norteamericana conduce a una conclusión, si no nueva, por lo menos inconcusa —que Cuba no existe.

No digo esto porque la imagen de Cuba que se proyecta es falsa —aunque lo es en gran medida— sino porque, en general, esos arquetipos no son específicamente cubanos. En la cultura norteamericana no hay arquetipos cubanos: hay arquetipos —o más bien, estereotipos— hispanos, latinos, caribeños, tropicales, musicales, sexuales. O sea, existe un acervo de imágenes y expectativas que tienden, no a difundir, sino a desdibujar eso que Rafael Rojas ha llamado la diferencia cubana. Para los norteamericanos, poco importa si Ricky es Martin o Ricardo, o si Ricardo es Montalbán, o si Gloria baila una cumbia o toca un son. Siempre recuerdo un episodio de la serie de televisión *I Love Lucy* donde Lucy, para hacer que su marido cubano no extrañe tanto a su patria, se disfraza de Carmen Miranda y desafinadamente le canta a Ricky *Mamá yo quiero* en portugués. Y ni siquiera Ricky, que nació en Santiago de Cuba, se da cuenta de que su mujer se ha equivocado de continente, de país y de lenguaje. Igual que Lola, el personaje de *Damn Yankees* que afirma que ella es oriunda de *somewhere generally in South America*, los estereotipos (y las estereotipas) hispanos en Estados Unidos provienen de un impreciso *somewhere* sin nombre y sin fronteras.

De *I Love Lucy* y *Damn Yankees* hace ya casi medio siglo. Pero en los años que han transcurrido, y a pesar del influjo masivo de exiliados cubanos a este país, el desconocimiento de lo cubano poco ha disminuido, y quizás hasta ha empeorado. En parte esto se debe a la contumacia de los viejos estereotipos —*whatever Lola wants, Lola gets*; en parte, al hecho de que actualmente las nacionalidades hispanoamericanas en Estados Unidos se hallan asediadas por el impulso aplanador de la etnicidad, y no sólo desde los escenarios de Broadway o los estudios de Hollywood, sino también desde las aulas universitarias y los *boardrooms* corporativos. Es curioso: los mismos grupos que se han quejado justamente de las ingenuidades de Hollywood

Gustavo Pérez Firmat

ahora promueven una nueva ingenuidad: la latinidad o *latinoness*, esa flamante identidad cultural que nos representa a todos porque no representa a nadie. A medida que los hispanos en este país abandonan sus gentilicios para conformar una sola etnia, la diferencia se diluye en diversidad, y lo cubano pierde sus contornos. Por legítimas que sean las metas políticas de los *lobbies* latinizantes, la aglutinación de todos los grupos hispanoamericanos bajo el acápite de lo pan-latino no deja de preocupar a aquéllos de nosotros que nos aferramos a nuestra nacionalidad como Antonio a sus Banderas. No es lo mismo pan-latino que pan cubano.

Por supuesto, se podría abundar en el conjunto de imágenes que conforman *latinoness*, y de hecho ya ha habido algunos intentos encaminados en esa dirección. Pero tales investigaciones nos dicen mucho más sobre las obsesiones de los norteamericanos que sobre la condición humana, a no ser que obsesionar a los norteamericanos sea parte de lo que define nuestra atribulada condición. En vista de eso, yo quisiera aprovechar esta oportunidad, no para desempolvar estereotipos, sino para examinar un tema que los subyace, así como subyace a este encuentro de poetas y prosistas en Nueva York —el tema del idioma que hablamos y escribimos, aquí y allá, dentro de la isla y fuera de ella.

Del mismo modo que se han escrito enjundiosos libros sobre las imbricadas relaciones políticas o económicas de Cuba y Estados Unidos, se podría también hacer un estudio sobre los encuentros y desencuentros de nuestras dos lenguas, el español y el inglés, a lo largo de la historia. Y si uso aquí la primera persona es para hacer constar que, a mi ver, ya no es posible, si alguna vez lo fue, dar por sentado el monolingüismo de nuestra literatura. Durante los últimos cuarenta años han pasado muchas cosas; entre ellas, la fractura idiomática de la cultura insular, cuya consabida dispersión ya no es sólo geográfica. Ayer Lourdes Gil hacía una resección de la literatura cubana de expresión inglesa; esta mañana yo quisiera añadirle algunas acotaciones, o mejor diría, *footnotes*, o mejor aún, «futanotas», a su excelente presentación.

La manera más fácil de disponer de esa literatura es sencillamente negándola. Creo que fue Gastón Baquero quien dijo, refiriéndose a la Avellaneda, que una cubana escritora no es siempre una escritora cubana. Más o menos esto es lo que se ha dicho en más de una ocasión sobre los cubanos que escriben en otras lenguas, y sobre todo en inglés: que aunque seamos cubanos escritores, no somos escritores cubanos. Así es que, para Ambrosio Fornet, por ejemplo, en el momento en que un cubano empieza a escribir en inglés deja de formar parte de la cultura de la isla, como si al cambiar de idioma desaparecieran sus ansiedades, sus recuerdos, el peso de todo su pasado. Es importante reconocer que esta actitud no sólo refleja el cisma político entre los cubanos de la isla y los del exterior, puesto que hay sectores dentro del exilio que también rechazan la producción cultural anglocubana esgrimiendo criterios muy parecidos a los de los *gatekeepers* o guardianes más recalcitrantes de la cultura oficial. Para entender este rechazo hay que mirar hacia atrás, hacia esa compleja historia de relaciones idiomáticas que se ha venido tramando por lo menos desde que el ejército de Albemarle desembarcó en La Habana en 1762.

Porque si es verdad que hoy en día un número creciente de norteamericanos se horroriza ante la ingerencia del español en sus vidas, no es menos cierto que durante más de dos siglos el idioma inglés ha sido una sombra amenazante en la vida cubana. Cuando Nicolás Guillén, en un poema titulado «Responde tú», alude al inglés como «lengua extraña», el calificativo delata ese temor, pues lo verdaderamente extraño del inglés para un cubano no consiste en ser una lengua ajena, sino en todo lo contrario: en ser hartamente conocida, en ser una presencia ineludible en el habla e inclusive en la toponimia y onomástica del país. Lo extraño, según Freud, es aquello que nos aterra precisamente por su familiaridad.

Este temor a la ocupación lingüística, como el miedo a la anexión política, recorre nuestra historia. Ya en el 1848 Saco le advertía a Gaspar Betancourt Cisneros que la anexión de Cuba por Estados Unidos conduciría inexorablemente a la «absorción» de aquella por éste, y ello conllevaría la extinción del castellano en la isla. Medio siglo más tarde, Bonifacio Byrne le agradece a su madre el haber impedido que él fuese enviado a estudiar a los Estados Unidos:

Mi madre tuvo la mejor de las intenciones, y bien considerado el asunto, su intuición fue maravillosa. Si yo hubiera ingresado en un colegio americano, hubiera corrido el riesgo de olvidar mi idioma, tan rico, tan musical y tan flexible, y para llegar a ese extremo es seguro que hubiera tenido que sufrir las mayores torturas, porque mi garganta es rebelde a la emisión de las voces guturales. Yo permanecí tres años en los Estados Unidos cuando emigré, y sólo aprendí *good bye, very well, y all right*.

¿Y quién me dice que conociendo a fondo el idioma de Poe, haciendo tres comidas al día y siendo diestro en todos los sports de la grande y poderosa República del Norte, quién me dice que no hubiera acabado quizás por aclimatarme allí demasiado?

Pasa otro medio siglo, ahora estamos en La Habana de 1950, y el trío de la Bodeguita del Medio saca una canción titulada *Influencia* que denuncia por igual la moda del chachachá y la penetración del inglés. La letra dice en parte:

*Nadie se acuerda de hablar en español,
ahora la gente le mete al chachachá.*

*Hoy la bodega grocery se llama aquí,
la barbería hoy se llama barbershop,
al entresuelo hoy le dicen mezzanine
y la azotea en penthouse se convirtió.*

*Hasta el fotuto del fotingo ya cambió;
se llama claxon y hasta toca el chachachá.
La romería con picnic se confundió
y hasta a la fonda ya le dicen restaurant.*

Lo interesante no sólo es que *Influencia es* un chachachá —un chachachá anti-chachachá— sino la letra que defiende la integridad del español incurriendo con gusto en la rima bilingüe. Siempre que intentamos trabajar contra el inglés sucede lo mismo: el embargo fracasa, y esa «lengua extraña» termina insinuándose hasta en los rincones más criollos —nuestra música, nuestra comida, nuestros pasatiempos, y nuestra literatura. De ahí que la impronta del inglés se perciba en la obra de figuras como Varela, Luz y Caballero, Martí, Varona, Mañach, Novás Calvo, Florit, Casey, Cabrera Infante... y hasta en la del propio Byrne, quien a pesar de abjurar de la lengua de Poe, acudió más de una vez a la rima bilingüe (en un poema titulado «En el tren» una «esbelta *miss*» luce un sombrero «de plumaje gris»), y no siempre evitó el anglicismo (su tren corre raudo por un «raíl»). Pero, ¿cómo podía evadirse del inglés un poeta que lo llevaba inscrito en su apellido?

En uno de sus aforismos, Luz y Caballero se pregunta: «Si no se hubiera pasado por ciertos antecedentes, por ciertas pruebas (*ordeals*), ¿dónde estaríamos aún?» Como en esta pregunta, donde el inciso en inglés interpone un cuerpo extraño justo en el medio de la frase, el idioma inglés es la prueba, el *ordeal*, que muchos escritores cubanos han tenido que enfrentar y superar. En el caso de los cubanoamericanos, la ordalía se ha superado no evitando el inglés, no engañándonos acerca de su influencia en nuestro modo de hablar, sentir y vivir, sino incursionando en él con frescura y hasta desfachatez. Tal como predijo Byrne, el régimen de tres comidas al día y el constante bombardeo de voces guturales nos ha aclimatado allí, digo, aquí, demasiado. *And there is no going back.*

Pero si bien es verdad que los escritores anglocubanos somos la encarnación del miedo secular al idioma inglés —*Bonifacio Byrne's worst nightmare*— también lo es que abordar lo cubano desde otro idioma abre un espacio de reflexión y desempeño. Escribir con la lengua afuera, escribir con la lengua de afuera, es o puede ser una manera de cuestionar, ya no los estereotipos cubanos de los norteamericanos, sino los estereotipos cubanos de nosotros mismos —tarea no menos útil y necesaria. Y es posible que de todas las lenguas de los cubanos escritores, el inglés, la lengua rival, la lengua enemiga, sea el instrumento más apto para empezar a desmontar esos estereotipos. Un poema en inglés sobre el mamey no es sólo un ejercicio de nostalgia; es también una forma de comentar y complicar la tradición frutista de la poesía cubana. El inglés es la «primavera», el *lump*, que singulariza los mameyes y los mameyazos de la literatura cubanoamericana. Ayer Carlos Victoria nos hablaba de la costumbre cubana de hacernos islas: el inglés también es una isla.

Claudio Guillén ha señalado que en el campo literario las relaciones internacionales son muchas veces las que un escritor mantiene consigo mismo. Ese internacionalismo interno, ese tenso diálogo de las lenguas, constituye tal vez el aporte más valioso de este modesto suburbio de la literatura cubana, aunque también es la razón por la cual se hace difícil determinar su dirección. Muchas veces me ha parecido que para aquéllos de nosotros que llegamos a este país de niños, el daño mayor del exilio ha sido darnos la alternativa de

vivir en otro idioma, una opción que con el tiempo se ha trocado en destino, en desatino, en un doble sentido y sonido que nos traba la lengua y nos quita el oído. Mas en esos momentos pienso en la célebre frase de Marinello, «Somos a través de un idioma que es nuestro siendo extranjero», y entonces me doy cuenta de que la situación del escritor anglocubano tal vez no dista tanto de la que han enfrentado otros cubanos escritores cubanos. La diferencia —la diferencia cubanoamericana— es que dos son los idiomas nuestros y extranjeros: el español y el inglés. Pero la lengua que se traba en un idioma se suelta en el otro, y lo que se pierde en oído se gana en silencio. Idioma, maroma: ese lugar a donde nos llevan todos los caminos.

En una carta escrita hacia el final de su vida, Iván Turgenev opinaba que un escritor que abandona su lengua materna es un ladrón y un puerco: un ladrón porque usa palabras que no le pertenecen; un puerco porque al apropiarse de la lengua de otro, desecha la suya. Lo curioso es que Turgenev escribió esto en alemán, y aunque para él la redacción de cartas no contaba como una infracción contra su lengua materna, el ruso, la incongruencia de atacar el multilingüismo en un idioma extranjero no deja de revelar las contradicciones a que conduce todo purismo cultural o idiomático. Para mí la lección de la carta de Turgenev es la siguiente: a veces la porquería es preferible a la sanidad. Además, hay ladrones buenos, y también hay puercos que llegan a lechón.



Balsero: La casita (1994)